

¿QUÉ LEEN LOS

Gerardo Meneses Claros



O mejor, ¿es que acaso los jóvenes leen? Yo creo que sí. A pesar de los fracasos de los programas de formación de lectores, de los resultados tan precarios en este aspecto, de la distancia abismal que separa la cultura del libro de la cultura audiovisual de hoy, pienso que nuestros jóvenes son susceptibles a la lectura.

El punto es cómo llegarles, cómo interesarlos y motivarlos, con qué textos y bajo qué criterios. La disputa histórica entre los textos de obligatoria lectura de la escuela, que en la mayoría de los casos aleja aún más a un joven, así la intención sea buena, y la literatura juvenil que, de alguna manera es más cercana a ellos, nos pone en la disyuntiva de escoger cuál es la más apropiada, cuál elegir.

Jóvenes hoy?

En un estudio del investigador Charles Sarland, publicado por el Fondo de Cultura Económica de México, con el título *La lectura en los jóvenes, cultura y respuesta*, se dan las primeras luces y se aproxima una respuesta que comparto plenamente: “los jóvenes de hoy leen lo que les interesa”.

¿Y dónde están esos libros que puedan interesar a un muchacho o a una niña adolescente de este siglo? No están en otra parte sino en la vida misma. Son esos libros que quizá un erudito pueda llamar literatura menor; quizá por desconocimiento de cómo sienten, cómo viven y qué piensan los jóvenes de hoy.

¿Cuántas historias deambulan por los salones de clase de nuestras escuelas y colegios, cuántos relatos sin contar están dando vueltas por las calles, los cines, los centros comerciales o las esquinas de nuestros pueblos y ciudades?

Esas historias, esos relatos donde el muchacho es protagonista, donde hay una identificación de su ser con el texto que tiene en las manos, donde la vida que pasa en las páginas pasa también en su día a día, son las que interesan a los jóvenes de hoy.

Entre leer obligado un clásico, llámese *Mío Cid*, *La Celestina* u otro similar que hoy no les dice nada porque su contexto y su lenguaje no

les pertenecen, a interesarse por un buen cuento o una novela escrita para ser entendida hoy, me quedo con los segundos. Bajo una guía adecuada, bajo una orientación precisa, sorprende el tipo de reflexiones que genera esta clase de textos y no difiere sustancialmente de lo que se espera obtener de lo que se denomina literatura mayor.

Es curioso, pero ostentan una gran ventaja estos libros cercanos a nuestros jóvenes frente a los obligados del currículo; y es que consiguen sin esfuerzo aquello que para los profesores de literatura es todavía un sueño: que los jóvenes lean. A este respecto, Darío Jaramillo Agudelo argumenta

Es curioso, pero hay una gran ventaja que ostentan estos libros cercanos a nuestros jóvenes frente a los obligados del currículo; y es que consigue sin esfuerzo aquello que para los profesores de literatura es todavía un sueño: que los jóvenes lean.





que "... en nuestro tiempo, la calidad del lenguaje escrito se mide por la claridad. El adorno, antes tan estimado, puede estorbar; el aderezo es defecto. Estamos en una época en la cual escribir bien es escribir claro. Pero escribir claro no es fácil".

De todos es sabido que nuestros jóvenes pertenecen a una generación distinta de la nuestra, así sean sólo unos años los que nos separan, pero esos años van a pasos agigantados y constituyen una brecha generacional insalvable. Los medios masivos de comunicación, Internet, el teléfono móvil, la amplísima gama de canales de televisión —en los que cada vez hay menos para ver—, el DVD, el cine, etc. forman parte de la cotidianidad de nuestros muchachos, y sería torpe de nuestra parte ignorar el fenómeno y el tipo de ciudadano que hoy se está formando.

Es ahí donde entra a jugar primerísimo papel el escritor de historias para niños y jóvenes, porque su responsabilidad es crear ese primer lector, acercarlo al mundo del libro, sumergirlo en la realidad —y quizá en la fantasía— de una literatura que sea soporte de un proceso que se inicia con los primeros años y que bien cimentado durará toda la vida.

"Vivimos en un mundo globalizado en cuanto a los intercambios comerciales y altamente disparejo en cuanto a la concentración económica y el reparto de bienes —dice Graciela Montes—, [y] en ese mundo, a la vez globalizado y profundamente dividido, el discurso está dominado por los medios de comunicación masivos, que son hoy el principal agente culturizador, sin duda muchísimo más que la misma escuela".

Así las cosas, estamos frente a una realidad: la vieja idea de lectura, de formar lectores, ha entrado en crisis. Ante este panorama, ¿nos vamos a quedar cruzados de brazos? Creo que no. Unir esfuerzos desde lo oficial, lo privado, lo independiente, haciendo causa común para mantener vivo un proceso que tiene que transformarse.

Los lectores de hoy ya no son los de ayer; las lecturas de ayer poco le dicen a un chico de hoy. Es la transformación del proceso de lectura la que está en nuestras manos, y es labor de todos: padres, maestros, escritores, librerías, promotores y animadores de lectura.

Libros siempre habrá. Y, por consiguiente, lectores también. Lo que nos queda por hacer es replantear nuestros conceptos, renovarnos el vestido, quizá deshacer cosas, desprendernos de otras, reinventarnos, aferrarnos a lo que un día dio resultados positivos y adaptarlo a la nueva cultura, la cultura de hoy. No hablo aquí de lo fácil, lo ligero o lo farandulero; hablo de lo que permita un acercamiento entre el texto escrito y el nuevo lector.

Yolanda Reyes da en el blanco cuando apunta que:

...nuestros niños y jóvenes están prisioneros en una cultura tecnocrática del bullicio que los iguala a todos y les impide refugiarse en lo profundo

de sí mismos. Sin embargo, a pesar de que los vemos moverse con mucha propiedad en ese ambiente exterior lleno de amigos y de estímulos mediáticos, los muchachos tienen sed de palabras. Sus preguntas existenciales, sus miedos, sus inseguridades y su mundo interior lleno de enigmas sobre el amor y la sexualidad, los hace terriblemente vulnerables. La literatura puede ofrecerles un espacio interior para refugiarse y construir su particularidad de sujetos. En medio del bullicio y de la avalancha de noticias que vienen desde afuera, la literatura ofrece a un muchacho noticias sobre sí mismo.

Pero aquí hay que hacer un cuestionamiento a la escuela. Con el profundo respeto que me merecen los maestros, el cambio que queremos producir en nuestros jóvenes, nunca se dará si ese cambio no se genera primero en el maestro. Enseñar a leer es un acto de amor, un compromiso con la vida; formar un lector es construir una enorme edificación intelectual soportada en unas profundas bases de comprensión y de afecto.

La escuela nuestra, tan imperativa, repetitiva y dominante nos pide notas, calificaciones y exámenes; resúmenes, análisis de tiempo, espacio, personajes y narradores. Lo hace quizá de buena fe, pero qué lejos está eso de una lectura placentera, del goce de leer porque sí, de la interpretación personal, del análisis de la propia vida, la que late alrededor, la que se siente, se palpa y se respira en la vida real.

Lo que leen los jóvenes de hoy son sus historias. Las que les muestran, con técnica narrativa y elaboración literaria, que no se necesita ser un clásico para entender la vida, para dialogar con el otro abiertamente acerca de lo leído y que a los dos interesa; para opinar, disentir, llegar a acuerdos, pero, sobre todo, disfrutar el placer de leer. ■

**La escuela nuestra,
tan imperativa,
repetitiva y
dominante,
nos pide notas,
calificaciones
y exámenes;
resúmenes,
análisis de
tiempo, espacio,
personajes y
narradores.**

